EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UNA
CANA AL AIRE,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°

1875.

ADICION AL CATALOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1875

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. corresp
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Al que se hace de miel	1	D. Antonio Ramiro	Todo
Ciento por uno	1	F. Tusquets y R. Moly de Baños	»
El retrato de Macaria	1	Rafael María Liern	»
En estado de sitio	1	Eduardo Zamora	»
Fuchin de les bombes	1	N. N.	»
La veu de la relichó	1	N. N.	»
Miseria y Compañía	1	Joaquin Balaguer	»
Nobleza de amor	1	José Jackson Veyan	»
¡Ojo alerta!	1	E. Jackson Cortés	»
Pobres y ricos	1	Eduardo Zamora	»
Tal es cualis con camalis	1	N. N.	»
Una cana al aire	1	E. Jackson Cortés	»
Un consejero de estado	1	Francisco Lopez	»
Un diputado de antaño	1	Pelayo del Castillo	»
Un doctor de Secá	1	N. N.	»
Un grapaet y prou	1	N. N.	»
Usted es mi padr	1	E. Jackson Cortés	»
¡V [illegible] noble!	1	Robustiano Trelles	»
El tio cavila	2	E. Escalante	»
Levantar muertos	2	Sres. Blasco y R. Carrion	»
Cazar en terreno propio	3	D. Manuel Nogueras	»
El cojo de Sariñena	3	Leandro Torromé	»
La paz del hogar	3	Ángel Torromé	»

UNA CANA AL AIRE,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS.

Representado con gran éxito en el Teatro y Jardines Orientales el 17 de Agosto de 1875.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedencia
1895

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
MERCEDES	Sra. Buzon.
CONCHA	Srta. Cachet.
DON SEVERO	Sr. Banovio.
AQUILES CAIN	Sr. Pardiñas.
PACO	Sr. Cachet.
MANUEL	Sr. Carmona.
UN MARIDO	Sr. Luna.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala en casa de D. Severo.—Puertas laterales y al foro.—Balcon derecha.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen MERCEDES y CONCHA.

CONCHA. ¿Pero has visto qué fatalidad?

MERC. Ya lo veo, señorita. Yo que lo tenía todo dispuesto, que les habia avisado.—Las ocho. (Dan las ocho dentro.) De seguro que ya están ahí.

CONCHA. ¿Quién había de pensar que mi tio desistiera de su viaje?

MERC. Ese maldito amigo suyo que le ha escrito anunciándole su llegada, ha echado por tierra nuestros planes. ¡Si se llama Cain, cómo ha de hacer nada bueno! ¡Si los hombres no debían tener amigos en el mundo. ¡Bien que tantas cosas no debían tener los hombres!

CONCHA. ¡Ay! no digas eso.

MERC. Es verdad, señorita: ¡qué seria de nosotras sin ellos!

CONCHA. En fin, ¿qué hacemos?

MERC. ¿Qué hemos de hacer? renunciar al placer de pasar un rato en compañía de nuestros futuros esposos. Y que esta noche pensaba yo abordar la cuestion de lleno.

722699

No estamos para perder tiempo en chicoleos. Yo hace tres años que le hablo á Paco. Desde que lo conocí en Andalucía, donde estuve con mis amos.

CONCHA. ¿Y estuvistes mucho tiempo en aquella provincia?

MERC. Dos años.

CONCHA. ¿Con los mismos amos?

MERC. No, señorita; dejé el servicio por un año y me dediqué al oficio de cigarrera.

CONCHA. Aquí viene mi tio. ¡Y qué cara trae!

MERC. La de siempre. Cara de calavera jubilado. ¿Pero, señor, por qué los que han sido tan federales en su juventud, se vuelven tan absolutistas cuando llegan á viejos? Ahora le ha dado por la beatitud y el recogimiento. ¿Por qué no se recogía él cuando... Y no lo tome usted á broma; el beso que yo sentí la otra noche era de él.

CONCHA. No lo creo.

MERC. Pues créalo usted.

CONCHA. Ya te dijo él que no había sido.

MERC. Sí; me dijo que habían sido los duendes.

CONCHA. ¡Habrá de atreverse!...

MERC. ¡Que si se atrevió!... Y sobre todo, señorita, no me haga usted tan ignorante en cuestion de besos.

CONCHA. Silencio.

MERC. Punto en boca.

ESCENA II.

LAS MISMAS y SEVERO, que sale por la puerta segunda izquierda.

SEVERO. ¡Hum!... (Leyendo en una carta.) Pues señor, lo que es sin gafas no veo una palabra. ¿Conchita? Niña, has visto mis gafas?

CONCHA. No.

MERC. Encima de la mesa creo que se las dejó usted anoche cuando se fué á acostar.

SEVERO. Es extraño; porque yo suelo dormir con ellas.

MERC. Ya; por si se le ocurre levantarse á espantar los duendes.

SEVERO. Ejem! ejem! (Qué habladora es esta chica.) ¿Vamos, las buscas, ó no?

MERC. Voy. (Se acerca á la mesa.)

SEVERO. No veo ciento sobre un burro.

MERC. ¡Señor, que tropieza usted conmigo!

SEVERO. ¡Perdona! (¡Qué simple eres!)

MERC. ¿Por qué soy yo simple?

SEVERO. ¿Qué? ¿te he dicho yo que eres simple?

MERC. Sí, señor.

SEVERO. Habrá sido distraido; como veo tan poco!...

MERC. Yo sí que le veo á usted.

SEVERO. Que Dios te conserve la vista.

MERC. ¡Amen!

SEVERO. Y á mi el tacto.

MERC. Tome usted las gafas.

SEVERO. Dame. (Le toma la cara.)

MERC. ¿Qué hace usted?

SEVERO. Perdona. Cuando digo que no veo nada... (Severo se sienta á leer la carta. Mercedes pasa al lado de Concha, que se habrá puesto á coser.)

MERC. El tio no pierde ripio. ¡Canario con los viejos!

SEVERO. «*Mi carta llegará por la mañana, yo por la noche. Deseo* »*que echemos una caña al aire. Tu amigo, Aquiles Cain.*» ¡Que bien le cuadra el nombre. ¿Conchita, hija mia, qué haces?

CONCHA. Poniéndole el lazo á esta bata.

SEVERO. ¿Y tú, Mercedes, qué haces?

MERC. Calceta.

SEVERO. Bien; pues yo voy á leer algun párrafo de moral. Aquí tengo el apólogo de Mejía, sobre la corrupcion del siglo. Dejemos al mundo que se aturda entre el bullicio del Carnaval, que nosotros no estamos por semejantes goces.

MERC. Pues yo de buena gana iría al baile.

SEVERO. ¡Calla, sacrílega! El mejor dia te pongo en la calle.

MERC. ¡Cá!

SEVERO. ¡Cómo que no!

MERC. ¡Que no!

SEVERO. ¿Y por qué?

MERC. Porque tendría miedo la señorita.

SEVERO. Miedo?

MERC. Á los duendes. Ya sabe usted que los hay en casa.

SEVERO. Qué ha de haber.

MERC. Entónces, quién me besó la mano la otra noche?

SEVERO. El duende, sí: es verdad que los hay.

MERC. Lo ve usted? (Severo toma el libro y lee.)

SEVERO. «*Sólo al hombre veo tan desconcertado, tan desviado y ol-*»*vidado de sí, que me parece que no fué criado para bien* »*ninguno.*» (Ruido de máscaras.) ¿Cuánto más vale está quietud, esta calma, que no ese bullicio? ¿No es verdad sobrina mia?

CONCHA. Sí, señor.

MERC. Pues yo creo que á cada edad se le debe dar lo suyo. ¿Á que no pensaba usted así á los veinte años?

SEVERO. Entónces no pensaba así, porque no pensaba. Y en fin; haz lo que te digo y no hagas lo que hago. De los escarmentados nacen los avisados.

MERC. Nadie escarmienta en cabeza ajena.

SEVERO. Que te voy á echar á la calle.

MERC. Y yo se lo diré á mi novio: le diré que me he ido por miedo á los duendes, y él que es un matador, vendrá á ver si lo asustan á él.

SEVERO. ¡Un matador! De qué?

MERC. De toros, señor; de toros.

SEVERO. (Me tiene entre sus redes!... ¡Oh, debilidad! ¡Oh, flaqueza humana!) En fin; prosigamos la lectura. Fortifiquemos el espírítu. (Esta Mercedes se va derecha al bulto.) *Um...* ¿dónde quedamos? ¡Ah! aquí.—*Porque veo lo primero que los que son funestos para dar lumbre al mundo...* ¿Pero qué ruido es ese?—¿Qué pasa en la calle? (Grandes voces y ruido dentro.) Asómate, Mercedes.

CONCHA. ¿Quiere usted que me asome yo?

SEVERO. No, hija mia, no: pueden pasar cosas que tú no debas ver. Mercedes... ya es diferente: está más acostumbrada

á verlo todo.

MERC. Es un señor que riñe con un cochero. ¡Qué palos le pega!

SEVERO. ¿Al caballo?

MERC. No, al cochero.

SEVERO. Lo mismo da. Así como así, lo tendrá más merecido...

MERC. Ya los separan.

SEVERO. ¿La policía?

MERC. No señor; unos caballeros.

SEVERO. Ya me estrañaba yo. Pues vuelve á tu sitio, y prosigamos con la lectura.—Eso es lo que dan de sí los carnavales.—¿Cuándo se prohibirán en España ciertas cosas?

MERC. Pues á usted, cuando jóven, bien le gustaría ir á los bailes.

SEVERO. Yo nunca he ido á un solo baile.

MERC. No?

SEVERO. No señora. (Y es verdad, porque iba á todos.)

MERC. (Te veo.)

SEVERO. Ahora que está todo en calma... (Fuertes campanillazos.)

TODOS. ¡Ay!

SEVERO. ¿Quién será?

AQUILES. ¡Abre, Severo! ¡Severo!! ¡Severo!!! (Aquiles gritando dentro.)

SEVERO. Él es. No ha variado. Abre, ó echa la puerta abajo (Váse Mercedes.)

ESCENA III.

CONCHA y SEVERO.

SEVERO La vista siempre en el suelo: no le mires, sobrina, porque es un basilisco.

CONCHA. ¿Tan feo es?

SEVERO. No, al contrario: pero es muy malo. Ya ves; tiene por nombre Aquiles y por apellido Cain.

CONCHA. Le miraré con el rabillo del ojo.

SEVERO. No, hija mia, no le mires, ni con el rabo. Te lo prohibo.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, MERCEDES y AQUILES, con el sombrero apabullado, medio baston en la mano y un faldon roto.

AQUILES. ¡Voto va al mismísimo demonio! ¡Pues no tienes tú mucho miedo que digamos! ¡La puerta cerrada!

SEVERO. El mismo; no ha variado.

AQUILES. Cuando se espera á un amigo se tiene todo de par en par. ¿No es verdad, chica?

MERC. Así debe ser.

SEVERO. ¿Quién te mete á tí en contestar?

MERC. ¿Y quién le mete á él á preguntarme?

AQUILES. Á los piés de usted, señorita.—¿Es esta tu sobrina?... ¡Guapa chica!

CONCHA. Favor que usted...

SEVERO. (No contestes.)

AQUILES. ¿Y por qué no he da contestar? (Se distrae.)

MERC. Pero señor...

SEVERO. ¡Á la cocina!

MERC. Le tengo miedo á los duendes.

AQUILES. Tienes una casa bastante regular. Ya la arreglaré yo á mi gusto. Lo dicho; tu sobrina es muy guapa. ¡Pero hombre, es muy jóven para tí!

CONCHA. ¿Qué?

SEVERO. (¡Ejem!...)

AQUILES. ¡Já! já! ¡Pobre Severo si te llegas á casar!

CONCHA. Caballero...

SEVERO. (Aquiles'...)

MERC. (Me gusta este hombre porque no tiene pelos en la lengua.)

SEVERO. (¿Calla, maldito!)

AQUILES. Nada, nada de gazmoñerías y falsedades. El pan pan y el vino vino.

MERC. (Este es de los mios.)

SEVERO. Conchita, tú sabes que mi moralidad...

AQUILES. Señorita, no haga usted caso de su tio: es un viejo verde.

SEVERO. ¿Qué?...

AQUILES. Yo le conozco muy bien. Ahora se hará el beato, el recogido, el impecable. ¡Bribon!

SEVERO. (¡Ejem!...)

CONCHA. ¡Cómo!

MERC. (Trágala, perro.)

AQUILES. ¡Si hemos corrido juntos cada tormenta!... Es un granuja, créalo usted, ¡y aficionado á las mujeres!... Más que yo, que es cuanto se puede decir.

SEVERO. (¡Buena la hicimos!)

AQUILES. Ya lo creo que la hicimos buena... Nada, nada; se casará usted conmigo, que al fin soy franco y tengo diez años menos.

CONCHA. Caballero... yo no pienso...

AQUILES. ¿En casarse? ¡Vaya si piensa usted! Sino que no lo quiere decir. Las mujeres no piensan en otra cosa.

MERC. Es verdad.

AQUILES. Nada, nada; yo me encargo de arreglar esta casa... ¡Verán ustedes qué pronto la pongo como una balsa de aceite...

MERC. (¡Bendita sea tu boca!)

AQUILES. Gracias, prenda.

SEVERO. Mira, Cain.

AQUILES. Yo soy el arco iris que viene á desvanecer las tinieblas de este caos ¡Estais viviendo en puro oscurantismo!

SEVERO. ¿Pero me quieres dejar hablar?

AQUILES. Vamos, habla, pero sé breve. Ya sabes tú que donde yo estoy nadie mete baza. Lo que hayas de decir, en cuatro palabras; si no, ya sabes que me echo encima y no vuelves á tomar vez. ¡Vamos, hombre, hablas ó no?

SEVERO. (Mudemos de conversacion.)

AQUILES. ¿Y por qué hemos de mudar de conversacion?

SEVERO. En primer lugar, me quieres decir qué facha es esa?

AQUILES. La facha de una persona decente.

SEVERO. Esa levita ó gaban roto?...

AQUILES. ¿Se me ha roto?...

SEVERO. Si llevas un faldon colgando.

AQUILES. No lo había visto. Severo, dame el tuyo. (Se lo quita y le pone el suyo.)

SEVERO. ¡Pero hombre, que me voy á helar!

AQUILES. Toma el mio.

SEVERO. (¡Pues me gusta!...)

AQUILES. ¿Te gusta, eh? Pues cambio hecho.

SEVERO. Pero...

AQUILES. Yo soy socialista.

SEVERO. Ya lo veo;

AQUILES. Pues verás; llego, tomo un coche, y á las dos horas me apeo en tu puerta; me pide el tuno del cochero dos pesetas en lugar de una, disputamos, me llama *boqueras*, levanto el palo, y zis, zás; se lo rompo en las costillas: se me cae el sombrero, me lo apabullan; nos separan, tomo las escaleras arriba y héme aquí. ¡Reniego del cochero! (Pega un palo en la mesa y derriba libros, papel, tintero, etc.)

CONCHA. ¡Ay, Dios mio!

SEVERO. ¡Cain, por Dios!

AQUILES. Si lo cogiera aquí lo pulverizaba. (Coge una silla y la tira.)

SEVERO. ¡Ay, mis muebles!

MERC. (¡Este hombre es un torbellino!)

AQUILES. ¿Quién ha dicho que yo soy un torbellino? ¿Has sido tú, zagala de mis entrañas? Pues no soy un torbellino, que soy una malva. Pero es menester conocerme á fondo... (La abraza.)

MERC. Vamos; déjeme usted.

SEVERO. ¡Cain, respeta la moral: te lo suplico, y sobre todo déjame en paz á la chica.

CONCHA. (¡Ay! tio; yo tengo miedo de estar aquí!)

AQUILES. ¿Quién ha dicho que tiene miedo de estar aquí? ¿Ha sido usted, prenda? Pues pronto se asusta usted. Esto no es más que el principio. Tú sí que no te asustas, es verdad, morena? (Á Mercedes.)

MERC. ¡Yo! Estoy curada de espanto.

SEVERO. (¿Y cómo me libro yo de él?)

AQUILES. ¿Que cómo te libras de mí? Muy sencillamente; convidándome á cenar: distrayéndome de alguna manera; ya sabes que yo he venido á distraerme; á echar una cana al aire... y tú me has de acompañar.

SEVERO. ¡Yo!...

AQUILES. Y si no, á mí me da lo mismo; (Se sienta.) ¿Chica? Llegate al café de enfrente y que traigan una buena cena para cuatro. Que no falte el champagne.

SEVERO. Si nosotros no acostumbramos...

AQUILES. ¡Anda, resalada! (Mercedes echa á correr por el foro.)

SEVERO. Mercedes, no vayas.

AQUILES. No hagas caso de tu amo, que está chocheando... (Si la traes pronto, un durejo de propina.)

SEVERO No vayas. (Váse Mercedes.)

AQUILES. ¿Lo ves? ni la criada te hace caso, y hace muy bien. (Saca un cigarro: arranca una hoja del libro, la quema á la luz y enciende.)

SEVERO. ¡Adios, moral!

AQUILES. ¿Y eso, para qué sirve?

SEVERO. Calla, blasfemo.

AQUILES. Oyes; ¿no has vuelto á saber de Antonia? Ni de su hija? Es decir, de tu... ¡Eso sí que es quemar la moral! En fin, esta noche mando yo; ya verás cómo nos ponemos el cuerpo.

CONCHA. (¡Ay, tio, este hombre en casa!...)

AQUILES. No se asuste usted, señorita, porque yo esté en su casa. De quien debe usted tener miedo es de su tio.

SEVERO. (Una idea se me ocurre.)

AQUILES. ¿Qué te se ocurre una idea? ¿Cuál?

CONCHA. (Este hombre lo oye todo.)

AQUILES. Sí, señorita, todo lo oigo: y lo que no lo oigo, lo adivino.

SEVERO. ¿Mira, Cain; no te parece mejor que cenáramos en el café? Allí hay más libertad... (Así con la escusa de este, echo yo tambien una canita al aire.)

AQUILES. ¿Lo ves? Si te lo estaba conociendo que querias echa

una cana al aire. Conque quieres echarme de aquí. ¡Ah! ¡bribon! No tengas cuidado, hombre; yo respeto la propiedad de los amigos. Pues si quieres, á mí me da lo mismo. Vámonos al café. Así como así yo te pensaba llevar despues de cenar. ¿Conque vamos?—¡Demonio de sombrero! Mira; dame el tuyo.—¿Es este? Á ver?—Magnífico. En marcha.

SEVERO. ¿Pero hombre, y yo?

AQUILES. Ponte otro.

SEVERO. Voy por él. (Procuraré tardar poco.)

AQUILES. No, por mí puedes tardar lo que quieras.

SEVERO. Pues señor, es brujo. (Vase segunda puerta izquierda.)

ESCENA V.

CONCHA Y AQUILES.

AQUILES. ¿Ha oido usted? ha dicho que soy brujo. Se lo he conocido en el movimiento de los labios. Conque, señorita, de veras se va usted á casar con mi amigo? Mire usted que es muy viejo. Hábleme usted con franqueza. Yo soy un atolondrado; pero tengo un buen fondo. Me lo puede usted creer.

CONCHA. Y quién le ha dicho á usted que yo me voy á casar con él?...

AQUILES. Severo mismo en sus cartas, y le advierto á usted que es un calavera solapado. En esto no le agravio, porque digo la verdad! ¿Vamos á ver; no hay por ahí ningun pollo pion?

CONCHA. ¡Si mi tio no me deja ni á sol ni á sombra!...

AQUILES. Pues esta noche le voy á librar á usted de él. En cuanto yo le coja por mi cuenta, no vuelve á casa en tres dias.

ESCENA VI.

LOS MISMOS y SEVERO.

SEVERO. Ya estoy aquí. No sé dónde meteis las cosas. Cuanto mas prisa tiene uno... (¿Te ha dicho algo?)

AQUILES. No, hombre, no; no le he dicho nada. Para qué bajas la voz si ya sabes que yo lo oigo todo. Ahora mismo le estoy oyendo decir al emperador de la China, que le peinen la coleta; ¡Hola! te has puesto otro gaban. Has hecho bien.

SEVERO. ¿Y qué querías que hiciera?

AQUILES. Sí, hombre, sí; ya sabes que lo tuyo es mio.

ESCENA VII.

LOS MISMOS y MERCEDES.

MERC. Ya la van á traer.

SEVERO. Pues avisa que no la traigan.

MERC. Si ya la están haciendo.

AQUILES. Tiene razon la chica; si ya la están haciendo... Que se la coman ellas á nuestra salud. ¡Pues no faltaba más que nos fueramos nosotros á divertir, y se quedaran las pobrecitas aquí hechas dos monjas!

SEVERO. (Guárdala para almorzar.) (Ap. á Mercedes.)

AQUILES. No seas miserable, que la coman esta noche. ¿Conque vamos?

SEVERO. Vamos, cuando quieras.

AQUILES. ¡Bravo! Así me gustas. Esa decision me recuerda tus buenos tiempos. Ven, Severo, esta noche vamos á echar una cana al aire. Señorita, á sus piés. (Aproveche usted el tiempo.) Adios, tú, resalada! (Coge á Severo del brazo y se lo lleva, cantando.)

ESCENA VIII.

CONCHA y MERCEDES.

MERC. ¡Ay, señorita, ese hombre nos ha venido como llovido del cielo! Ahí están Paco y Manolito.

CONCHA. ¿Qué intentas?

MERC. ¡Toma! que suban. ¿Pues no sabe usted que los tenía avisados, contando con la marcha del amo?

CONCHA. ¡Pero que suban aquí?

MERC. Pues claro está.

CONCHA. ¡Ay! yo no me atrevo.

MERC. No tenga usted miedo mientras me tenga á su lado; yo ya soy veterana en las cuestiones de amor, y conozco á los cojos en el modo de andar. Déjeme usted á mí.

CONCHA. Ese señor de Cain me ha dicho que no le dejaría venir á mi tio hasta mañana lo ménos.

MERC. ¡Pues entónces, viva la libertad! Tambien es justo que nosotras echemos una cana al aire. Es decir; una cana no; pero... (Campanilla dentro.) Ya están ahí.

CONCHA. ¡Tan pronto!

MERC. No, que los niños se hacen esperar. Voy á abrir. (Váse Mercedes.)

ESCENA IX.

CONCHA y á poco MERCEDES, PACO y MANUEL.

CONCHA. ¡Esta Mercedes es el demonio! y yo tengo tan poca voluntad propia... Manolito es muy buen chico y ademas no viene solo. (Salen Mercedes, Paco y Manuel.)

MANUEL. ¡Concha de mi alma!

CONCHA. ¡Manolito!

PACO. ¡Hole con hole! ¡Bendesío sea San Pedro que asina deja abiertas las puertas del cielo pa que puean entrá estas dos almas pecaoras á postrarse á los piés de los angelitos.

MERC. Cuando tú seas un torero en regla, otra cosa no tendrás, pero lo que es el trasteo...

PACO. ¡Hole! Ya chanelas tú como se llaman las cosas por su nombre.

CONCHA. Hablad bajo.

PACO. No tenga usté cudiao, señorita; que el bicho está entretenío con la barriga de un caballo. Quiero desí, con un plato de solomiyo con patatas. Po si le tengo yo más canguelo que á un berrendo del Duque.

MANUEL. ¿Conque tenemos toda la noche por nuestra?

MERC. Sí, pero vosotros no estareis más que un ratito.

MANUEL. ¡Un ratito! y quisiera vivir más años que Matusalen para pasarlos á su lado.

PACO. ¡Hole con hole! Usté es de los mios. Yo quisiera pasá toiticos los menutos de mi via ar lao de las gachí cuando son tan finas como ésta. Mírela usté, home; si paese que está aforrá con siertopelo. ¡Jolé! Viva er pare que estuvo pensando en tu jechura diez y nueve años ántes de casarse! ¡Mujeres! Pues si ellas son los luceritos de la mañana, la alegría de los corazones. Lo que es por mi parte, si se mueren las mujeres que me muera yo en seguía.

MERC. ¡Valiente pillo eres, Paco!

PACO. ¡Yo pillo! pue si soy más inocente que un gorriencillo sin pluma. No es verdá, señorito?

MANUEL. ¿Á mí me lo preguntas? ¿Te conozco yo acaso?

PACO. ¡Viva la gracia! ¡Pues no dice que no me conoce! Pues si soy más nombrao que el Lagartijo y que Frascuelo. ¿Quién no conoce en Madri á Paco Píchi, alias el Coquinero? ¿El mataó de más fama *de los Campos elisedos?* ¿Has oido lo que ha dicho? Que no me conoce.—¿Usté conoció á Perico Manguela?

MANUEL. Ya lo creo.

PACO. Pues él y yo, primos hermanos.

MANUEL. ¿Sí? pues me alegro, y hablemos de otra cosa. Yo dentro de tres meses concluyo mi carrera.

PACO. Cuando tome usté la lisensia de mataó, es disí, cuando le den á usté la alternativa, le nombro á usté meico de la plaza aonde yo toree.

MANUEL. Gracias, amigo. Pues es preciso que busquemos un medio para que tu tio dé su consentimiento.

MERC. Y si no, se casa sin él: ya tiene veintiun años. Déjemelo usted por mi cuenta, que yo lo pondré en el buen terreno.

PACO. ¡Jole con ole! ¡Valiente capote tiene la chiquiya! (Campanilla dentro.)

CONCHA. ¡Han llamado!

MANUEL. ¿Quién será?

PACO. ¿Dónde me escondo?

MERC. No hay que asustarse. Es el mozo del café.

PACO. No... si yo no me asusto. Es el señorito el que.

MANUEL. ¡Yo!

MERC. Voy á abrir. (Váse.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, ménos MERCEDES.

PACO. ¿Diga usté, criatura; aónde á dío usté á buscá esa donseya?

CONCHA. Yo no la busqué, fué mi tio.

PACO. ¿Su tio de usté? Pues ya sabe lo que se pesca.

ESCENA XI.

LOS MISMOS y MERCEDES, con bandeja grande y botellas.

MERC. Aquí está esto.

PACO. ¿Y qué es esto?

MERC. La cena.

PACO. ¡Bendito sea Dios y lo que adivinan las mujeres! ¿Quién te había dicho á tí que yo no había cenao? Y sabes que güele mu bien. Yo no tengo mucha gana; pero si te empeñas, lo aprobaré pa que no digas que te jago un desaire. (Fuertes campanillazos dentro.)

CONCHA. ¡Ay, Dios mio!

PACO. ¡Caracoles!

MANUEL. ¡Qué! (Mercedes va al foro y vuelve.)

PACO. ¡No se asuste usted, hombre!

MERC. ¡El tio es! ¡Le oigo gruñir!

CONCHA. ¡Ay Dios mio de mi alma!

MANUEL. No hay cuidado.

PACO. Aprovechemos el estar en Carnaval. (Manuel se oculta en el cuarto de la derecha, Paco se pone el vestido que estaban cosiendo. Concha se sienta á leer.)

PACO. ¡Valiente facha estaré!

MERC. Toma la calceta.

PACO. ¿Y qué jago yo con esto? (Mercedes va á abrir.)

CONCHA. Tener la vista en el suelo y mover mucho los dedos. ¡Ya decía yo que era un compromiso! ¿Si me lo conocerá en la cara?

MANUEL. Dime, Concha, ¿entrará aquí?

CONCHA. No.

PACO. Usté está al pelo: está usté viendo los toros desde el burladero.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, MERCEDES y SEVERO.

SEVERO. ¿Pero hija mia, estabas sorda?

PACO. (El bicho. Dios me dé una buena mano de muleta.) (Hace calceta muy de prisa.)

SEVERO. ¡Ese Cain es un condenado! Me ha hecho tomar tres copas de coñac: ha cenado como un lobo, y luego salimos con que no tiene dinero para pagar. Dice que se le ha olvidado y se ha venido sin un cuarto. Olvido funesto! (Repara en Paco.) ¡Calle! ¿Quién es esta jóven?

PACO. (Se encampanó.)

MERC. Es... una amiguita mia. La pobre está sola y viene á buscar acomodo.

SEVERO. ¿Es soltera?

MERC. No señor, viuda.

SEVERO. ¡Pobre mujer! Es de Madrid?

MERC. No señor. Andaluza.

SEVERO. Parece guapa... Á ver: tráeme mis gafas.

MERC. Si las rompió su amigo de usted.

SEVERO. ¡Pues me ha dejado ciego! y tú, sobrina mia, qué haces?

CONCHA. Ya lo ve usted, leyendo.

SEVERO. Algun trozo de moral, eh?

CONCHA. Sí señor.

SEVERO. Me gusta esta niña por lo aplicada.

MERC. No desperdicia un minuto.

SEVERO. Aprovecha, hija mia, aprovecha el tiempo.

MERC. Eso le digo yo.

CONCHA. Ya lo hago, tio.

SEVERO. (¡Huy! qué remonona es!) Pues señor, las tres copitas de coñac parece que me andan escarabageando entre ceja y ceja. En fin, voy á sacar más dinero y voy á pagar la cena de ese Cain de mis pecados. Adios, tú, desagradeciada! (Tocándole la cara á hurtadillas á Mercedes.)

PACO. ¡Ejem! ¡Ejem!

MERC. Las manitas quietas, eh?

SEVERO. ¡Tontina!

PACO. ¡Ejem! ¡Ejem!

SEVERO. ¿Qué tiene esa niña?

MERC. Que le da la tos.

SEVERO. Envidiosilla, tambien hay mimos para tí. (Le toma la cara á Paco.)

PACO. ¡Ejem! ¡Ejem! (Váse Severo.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS menos SEVERO.

CONCHA. ¡Ay, qué miedo he pasado!

PACO. ¡Yo que estaba aguantando la respiracion porque no goliese el tabaco, y me viene á jaser cosquillas en la barba!

MANUEL. ¿Se fué?

CONCHA. No.

MERC. Que viene! Escóndase usted.

PACO. Si me vuelve á tomar la cara, de una guantá le quito toos los años de ensima.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS y SEVERO.

SEVERO. Lo dicho: las tres copitas se me han puesto aquí. (Señalando la frente.) ¡Huy! Ese demonio me quitó la silla cuando me iba á sentar, y me he dado un golpe en salvo sea la parte. (Llevándose las manos á los riñones.)

PACO. (Ahí te pondría yo una banderilla de fuego.)

SEVERO. ¿Y dime, esta jóven ha venido de visita ó va á pasar aquí la noche?

MERC. Se queda aquí, si usted lo permite.

SEVERO. Ya lo creo que lo permito; y me alegro porque he concebido una idea precabida, yo es probable que no vuelva hasta mañana. Cain se ha empeñado en que echemos una cana al aire. ¿Qué te parece á tí?

MERC. Que la echaremos.

SEVERO. Cómo que la echaremos?

MERC. Quise decir que la echarán ustedes.

SEVERO. Vosotras os acostais y yo me llevo las llaves y el llavin.

CONCHA. (Ay Dios mio!)

MERC. Pero...

SEVERO. No admito réplicas.—Usted, niña, dormirá con Mercédes.

PACO. (Bendita sea tu boca.)

SEVERO. ¿Pero dígame usted, hija mia, es usted muda?

MERC. (Habla poco.) (Á PACO.)

PACO. No señó.

SEVERO. Como no habla usted nada...

PACO. Estoy... constipida.

SEVERO. Ya, por eso tiene usted la voz tan bronca.

PACO. ¡Sí señó: mu bronca! mu bronca! (Yo sí que te voy á armar á tí la bronca si te arrimas mucho!)

SEVERO. Lo dicho; es usted muy guapa.

PACO. (El bicho se acerca.) Favor que usted me jase.

SEVERO. ¿Tiene usted hijos?

PACO. ¡Ay! Sí señó! Tres.

SEVERO. Serán hermosos.

PACO. Como tres becerros. Salen á su padre...

SEVERO. Ea pues; á dormir. Tú, sobrina, aquí solita. (Mete á Concha en la derecha.)

PACO. (Se la jayó el señorito.)

MERC. Pero, señor... (En la primera puerta izquierda.)

SEVERO. Buenas noches.

PACO. Buenas noches.

SEVERO. Que usted descanse.

PACO. Muchas gracias.

SEVERO. Le doy cama y compañía.

PACO. Que Dios se lo pague. (Paco y Mercedes entran por la primera puerta izquierda. Severo cierra ambas puertas con llave y se las guarda.)

SEVERO. Ya están seguras. Ahora, á echar una cana al aire. Lo dicho; el coñac se me ha puesto aquí. (Váse por el foro.)

ESCENA XV.

Salen PACO y MERCEDES y abren la puerta donde están CONCHA y MANUEL.

PACO. ¡Valiente gracia tiene el chabó!

MERC. No calculó que quitando el pestillo...

CONCHA. Abre, Mercedes. (Paco saca la navaja y figura abrir con la punta.)

PACO. Ya está. (Salen Concha y Manuel.)

CONCHA. ¿Pero han visto ustedes qué ocurrencia?

PACO. La ocurrencia mejó que ha tenío en su vía.

MERC. ¡Ya lo creo! ¡Miren el lila!

MANUEL. No tenía usted por qué temer: yo hubiera salido, aunque hubiera tenido que echar la puerta abajo ó saltar por el balcon.

CONCHA. Sé que es usted una persona decente, pero...

MANUEL. Yo la quiero á usted para hacerla mi esposa. Su honra es mia.

PACO. Lo mesmo digo.

MERC. Señorita; vamos á vengarnos de él por lo que ha hecho con nosotras?

CONCHA. ¿Cómo?

MERC. ¿Cómo? comiéndonos la cena.

PACO. ¡Idea pelegrina!

MANUEL. No dice mal.

MERC. Ya ha oido usted que no vuelve hasta mañana...

CONCHA. Así me lo ofreció su amigo Cain.

MERC. Pues á la mesa. Ven, Paco, ayúdame.

PACO. Volando.

MERC. Usted, don Manolito, ayude tambien. No tenga usted miedo, señorita: si de todos modos se va usted á casar dentro de poco, y tiene usted aquí el que va á ser su dueño...

MANUEL. Tiene razon.

PACO. Da principio la corría. (Colocan un velador en el centro, acercan sillas y todos se sientan, despues de haber puesto la bandeja sobre el velador.)

MERC. Que cada uno se sirva de lo que más le guste.

PACO. Á mí arrimame lo que quieras, porque á mí me gusta too. (Paco habrá dejado el vestido de mujer dentro del cuarto.)

MANUEL. No está malo el jamon. ¿Quieres un alon de esta perdiz, Conchita?

CONCHA. No tengo ganas. Estoy asustada.

PACO. No tenga usté mieo, señorita, que tiene usté aquí un par de mozos lo mesmo pa un barrío que para un fregao.—¿Usté es de Madrí, no es verdá?

MANUEL. Nacido en la calle de Válgame Dios.

PACO. Entónses no diga usté más; yo soy coquinero del Puerto de Santa Maria. Despechao con cañaiyas, langostinos y bocas de la Isla.—Te acuerdas cuando hicimos en Puerto-Real. *En toas partes cuecen habas*?

MERC. Ya lo creo que me acuerdo.

PACO. ¡Qué hermosa y qué barbiana estabas con aquel traje toito lleno de faralares! Dende entónses me afisioné yo á los toros.

MERC. Y yo á los toreros.

PACO. ¡Cudiao que estabas hecha una mosa *varí*!

MERC. Y tú un chulo que dabas la hora.

PACO. Es lo único que podia dá, y arguna desason de cuando en cuando.

MERC. Por supuesto que siempre nos hemos querío con buena intencion.

PACO Ya lo creo, yo siempre te he querío con la mesma intension... (que un bicho de Miura á la hora de la muerte.) Echa un traguito.

MERC. Toma.

PACO. ¿Y ustedes no beben?

CONCHA. Yo. .

PACO. Beban ustedes vino, hombre. Si ya está pagao.

MANUEL. Pues venga. Brindo por la primera cana al aire que se ha echado en este mundo.

PACO. ¡Jolé!

MERC. Bien.

PACO. Yo brindo por la muleta de Cayetano y por el braso derecho del Frascuelo, al meter la mano.

MANUEL. ¡Bien!

MERC. ¡Jolé!

PACO. Ahora es menester que brinden las mujeres.

MERC. No hay inconveniente. Dame tu sombrero.

MANUEL. Pero esta chica es madrileña ó andaluza.

MERC. Ahora lo verá usted. (Mercedes toma el sombrero calañé de Paco; baja al proscenio, y dirigiéndose al público brinda como un torero cuando va á matar.) Brindo por usía: por su honrá compañía y por todos los buenos mozos de Madrid.

PACO. ¡Jolé!

MANUEL. Bien.

PACO. Viva tu grasia. En cuanto nos echen el garabato te visto de hombre y te doy la alternativa.

MERC. Ahora le toca á usted, señorita.

CONCHA. Si yo no sé por qué brindar.

PACO. Por cualquier cosa.

MERC. Brinde usted por el ojito derecho de la persona que usted más quiera.

CONCHA. Pues brindo por... (Ruido dentro.)

MERC. ¡Se siente ruido!

PACO. ¡Abren la puerta!

MERC. Sí.

PACO. ¡Al burlaero!

(Manolito se oculta en la puerta primera derecha: Paco en la puerta primera izquierda. Mercedes y Concha se van por el foro izquierda.—Sale Severo, vestido de turco y algo embriagado.)

ESCENA XVI.

SEVERO.

Pues señor, no me va sentando mal la canita al aire.— Cuando yo decía que el coñac se me había puesto aquí... ¡Jé! ¡Jé! ¡Qué diversion, hombre, qué diversion! Cain se empeñó en que alquilaramos dos trajes iguales y que fueramos al baile, que está... ahí; en la esquina. Fuimos. Tropezamos con una (Mercedes y Concha aparecen al foro.) beata, y al demonio de Cain se le antoja darla un beso y se lo dió. Vaya si se lo dió. Se opone su pareja, que era su marido, y ¿qué hace Cain? Paf, le da una solemne bofetada y echamos á correr. Como íbamos vestidos iguales, corre detrás de mí el marido furioso. Me escabullo entre el bullicio y héme aquí. Pero creo que me ha venido siguiendo... Como no haya perdido la pista... Severo, no estás tú ya para echar canas al aire... ¡Qué calma! ¡Qué quietud! ¿Conchita? No contesta. Estará hecha un tronco! Jé! Jé! Pues señor, estoy un poquito alegre. Si pudiera ver á la huespeda... ¿Mercedes? Sí, á la otra puerta. (Baja al centro de la escena. Mercedes y Concha van bajando de puntillas y arrimadas á la pared, hasta entrar cada una en sus respectivos cuartos.) ¡Qué es aquello! Pues no se me figura que estoy viendo un velador lleno de botellas y comida! Efecto de óptica. ¡Lo que hace el coñac! Se me figura que en todas partes le veo.—¿Conchita? ¿Mercedes? ¡Demonio, y qué sueño más pesado!

ESCENA XVII.

SEVERO, MERCEDES y CONCHA.

LAS DOS. ¿Mande usted? (Saliendo.)

SEVERO. ¡Eh! Pero si mal no recuerdo, yo dejé las puertas cerradas.

MERC. Sí, señor; pero...

CONCHA. ¡Hemos pasado un miedo!...

MERC. ¡Pero qué miedo! ¡si usted lo supiera!

CONCHA. ¡Oimos un ruido!

MERC. Y de pronto nos vimos las puertas de par en par.

SEVERO. ¿Quién sería?

MERC. El duende.

SEVERO. Uno solo abrío las dos puertas.

MERC. Yo creo que eran dos.

SEVERO. (Habrán hecho cría; porque yo no conozco más que uno:) ¿Y tu amiguita?

MERC. En el cuarto.

SEVERO. Quisiera preguntarle cuánto tiempo lleva viuda. Voy á verla...

MERC. ¡No, no entre usted, que se va á asustar! Es tan medrosa!... Ella saldrá... ¿Paquita?

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS y PACO, vestido de mujer.

PACO. ¿Qué me quieres?

SEVERO. Verte, hermosa; verte y decirte que me... (Cuando digo que el coñac se me ha puesto aquí.) ¿Qué te parezco?

PACO. Está usté... al pelo. Está usté vestido de turco por fuera y de turca por dentro.

SEVERO. ¡Jé! jé! ¡Calle! no es ilusion. ¿Quién ha puesto aquí este velador?

PACO. El duende.

SEVERO. (No tienes tú mal duende.) Aquí ha pasado algo, y lo que pasará. Ese Cain ha venido para mi perdicion. Me ha sacado de mis casillas: me ha obligado á echar una cana al aire: me ha llevado al baile: me ha hecho pagar todo el gasto que ha hecho... yo no sé cuántas calamidades me han sucedido!... Lo único que me falta es que me peguen, y me pegarán; se me ha puesto aquí.

ESCENA XIX.

LOS MISMOS y el MARIDO.

MARIDO. ¿Por fin lo alcancé! ¿Cuál es su mujer de usted?
SEVERO. ¡Mi mujer!...
CONCHA. Yo no.
MERC. Ni yo.
MARIDO. Luego es esta. (Por Paco.)
SEVERO. Hombre...
PACO. ¡Yo!....
MARIDO. Es esta?
SEVERO. Um...
MARIDO. ¿Es ésta?
SEVERO. Sí. (El marido coge á Paco y le da un beso muy fuerte: luego se acerca á Severo y le da una bofetada, que suene y dice despues.)
MARIDO. Ya estamos en paz.
SEVERO. Pero hombre, si este bofeton no es mio.
MARIDO. Pues déselo usted á su dueño. Abur. (Váse el marido corriendo.)

ESCENA XX.

LOS MISMOS ménos el MARIDO.

SEVERO. No lo dije? Ya me pegaron. Ya no me falta nada. Si se me había puesto aquí. (Paco desde que le dan el beso hace gestos y escupe.) Si esto es echar una cana al aire, que venga Dios y lo vea. ¡Ay! Cain! Cain! Si yo te pillara!... Dónde está? Que me lo traigan! ¡Bruum!!
CONCHA. Tio?
MERC. Cálmese usted.
PACO. ¡Sosiéguese usté, señó!
SEVERO. ¡Calla tú, mamarracho!
PACO. (Ay, qué bruto es!)
SEVERO. ¡Idos de aqui todos! ¡Dejadme solo! ¡Quiero meditar mi venganza!

TODOS Pero...

SEVERO. ¡Fuera de aquí!

TODOS. ¡Ay!! (Vánse Mercedes; Concha y Paco por la primera puerta izquierda.)

ESCENA XXI.

SEVERO y á poco AQUILES.

SEVERO. Lo que es el bofeton no me quedo con él. ¿Pero cómo ha entrado ese hombre? ya caigo: preocupado... con el coñac, me dejé la puerta abierta. (Sale Aquiles cantando.)

AQUILES. ¡Hola, amigo mio!

SEVERO. (El cielo me lo envla.)

AQUILES. ¿Bien nos hemos divertido, eh?

SEVERO. ¡Oh, sí; mucho... mucho!...

AQUILES. ¡Esto sí que ha sido echar una cana al aire!

SEVERO. Ya lo creo, ¡jé. jé!

AQUILES. ¡Jé, jé!

SEVERO. Hombre, un encargo me han dado para ti.

AQUILES. ¿Cuál?

SEVERO. Este. (Le da un bofeton.)

AQUILES. ¡Infame, qué has hecho! ¡Vas á morir! (Aquiles saca una pistola y le apunta. Severo corre de un lado á otro gritando. Salen Concha y Mercedes.)

ESCENA XXII.

SEVERO, AQUILES, CONCHA y MERCEDES.

SEVERO. ¡Favor! ¡Socorro!

AQUILES. ¡En vano huyes!

LAS DOS. ¿Qué es esto?

CONCHA. ¡Ay!

MERC. ¡Una pístola!

SEVERO. ¡Dónde me oculto!

AQUILES. ¡Miserable! (Le sigue tirando todos los muebles que encuentra al paso. Severo se dirige á la puerta derecha y sale Manuel. Va á la izquierda y se presenta Paco en su traje.)

SEVERO. ¡Un hombre! (Viende á Manuel.) ¡Otro! (Viendo á Paco.)

MANUEL. Deténgase usted, caballero. (Á Aquiles.)

PACO. Hombre, sosiéguese usted. (Manuel y Paco sujetan á Aquiles.)

SEVERO. ¡Qué es lo que está pasando!

PACO. Ná; que estamos echando una cana al aire.

SEVERO. Sí; ya lo veo. ¡Ay! ¡Cain! ¡Cain! ¡Tú eres la segunda edicion del primer hijo de Adan!

AQUILES. Lo que siento es no poderte sacar una quijada para matarte con ella.

SEVERO. Mira, Cain, hazme el favor de marcharte de mi casa.

AQUILES. ¡Y la bofetada!

SEVERO. ¡Hombre, si me la dió para tí el marido de la beata á quien tú se la habías dado!..,

AQUILES. ¿De veras?

SEVERO. Sí.

AQUILES. Entónces, en paz. Abur.

MERC. Diga usted, ¿y quién paga la cena?

AQUILES. ¿Quién la ha de pagar? Severo. (Váse.)

SEVERO. ¡Esto más! ¿Y ustedes, señores, quiénes son?

MERC. Ya se lo puede usted calcular.

SEVERO. ¿Los duendes, eh?

MERC. Claro está.

SEVERO. ¿Y han pasado aquí la noche?

PACO. Echando una cana al aire.

SEVERO. ¿Sí? Pues entónces renuncio á tu mano, sobrina. Casaos, y marchad benditos de Dios; yo desde ahora me hago ermitaño.

(Al público.)

Si despues de lo ocurrido,
me das, público, un desaire
y por aplauso un silbido,
entónces sí que habrá sido
echar UNA CANA AL AIRE.

FIN.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde.

ZARZUELAS.

ımericanos de pega.....	1	D. R. María Liern.....	Libro.
arracuca	1	Sres. Liern y Monfort...	L. y M.
l Barbero de Rossini.....	1	Amalfi y Aceves.....	L. y M.
l castañar español.....	1	Amalfi y Ricci.....	L. y M.
l demonio de los Bufos.....	1	D. R. María Liern.....	Libro.
l grande hombre de Canillejas.....	1	N. N.....	Música
l impuesto de guerra.....	1	R. María Liern.....	Libro.
l pan de la emigracion.....	1	Palomino.....	L. y M.
a comedianta Rufina.....	1	Sres. Liern y Monfort...	L. y M.
a familia Bachicha.....	1	D. Rafael Palos.	Música
873 y 1874.....	1	Sres. Velasco y Llorens.	L. y M.
istema Americano.....	1	R. María Liern.....	Libro.
l diamante negro.....	2	R. María Liern.....	Libro.
l príncipe Lila.....	2	R. María Liern.....	Libro.
l teatro en 1876.....	2	R. María Liern.....	Libro.
ı clave.....	2	M. Ferndz. Caballero.	Música
ıtanás II.....	2	R. María Liern.....	Libro.
ı vuelta al mundo,.....	3	L. Mariano de Larra.	Libro.

Ha dejado de pertenecer á esta galería el libro de la Zarzuela en un ;to, titulada: *Para una modista... un sastre.*

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.